

Recibe el Espíritu Santo: el aliento de Cristo es nuestro aliento eterno. Jesús es el Buen Pastor: la vida de Jesús es nuestra vida. Jesús es la vid, nosotros las ramas: nuestro amor es fruto del amor de Cristo.

La imaginería de la Pascua continúa construyéndose, cada imagen aborda la relación de Cristo crucificado y resucitado con nosotros, sus discípulos. Cada imagen nos sumerge más profundamente en el misterio de nuestra unidad con Dios en Jesús, el Cristo.

La imagen de la vid y las ramas habría sido muy familiar para la gente de la época de Jesús. En las Escrituras hebreas, se hace referencia a Israel como la vid sacada de Egipto por Dios y plantada en su propia tierra. Esta imagen era una parte tan central de la autocomprensión de Israel que, alrededor de los pilares de la entrada al templo y al otro lado del dintel, se tejía una vid de oro.

La gente donaría una hoja de oro o un racimo de uvas para colgar en esta espectacular vid por la que todos pasarían al entrar al Templo. Esta imagen también estuvo cerca de los corazones de los primeros cristianos. Se pintaron vides de uva en las paredes y techos de las catacumbas recordando esta enseñanza de Jesús.

Como católicos, la imagen de la vid y las ramas atrae nuestra mente hacia la celebración de la Eucaristía. Cuando nos reunimos para la Misa, celebramos que

nuestra vida emana de Cristo. Escuchamos las palabras de Cristo en las Sagradas Escrituras. Estas palabras alimentan nuestras almas y podan nuestras vidas. La poda es tan importante como la alimentación. La poda nos mantiene sanos. Nos permite producir frutos mejores y más intensos. Un viticultor solo poda para mejorar la productividad de la rama.

La palabra de Cristo ayuda a mantener nuestras vidas enfocadas en la voluntad del Padre. La celebración y recepción de la Eucaristía nos da una profunda experiencia de la vida de Cristo corriendo por nuestras venas, llenando de vida nuestras almas.

Cuando nos sentamos en oración silenciosa después de recibir la Comunión, nuestra vocación en la vida es clara: Cristo es la vid; somos las ramas. Su vida infundiendo amor en nuestras almas, obligándonos a dar el fruto del amor.

El aliento de Cristo es nuestro aliento eterno. Su vida es nuestra vida. Nuestro amor es fruto de su amor.